

Alejandro Morellón  
***Caballo sea  
la noche***

*Una novela desbocada, poética  
y filosófica que roza la locura  
y el absurdo con admirable  
maestría.*

*Candaya Narrativa 62*

Diseño de la colección: Francesc Fernández  
Primera edición: septiembre 2019

ISBN: 978-84-15934-69-1  
21x14 cm; 96 págs.  
PVP: 13€



**LA OBRA: CABALLO SEA LA NOCHE**

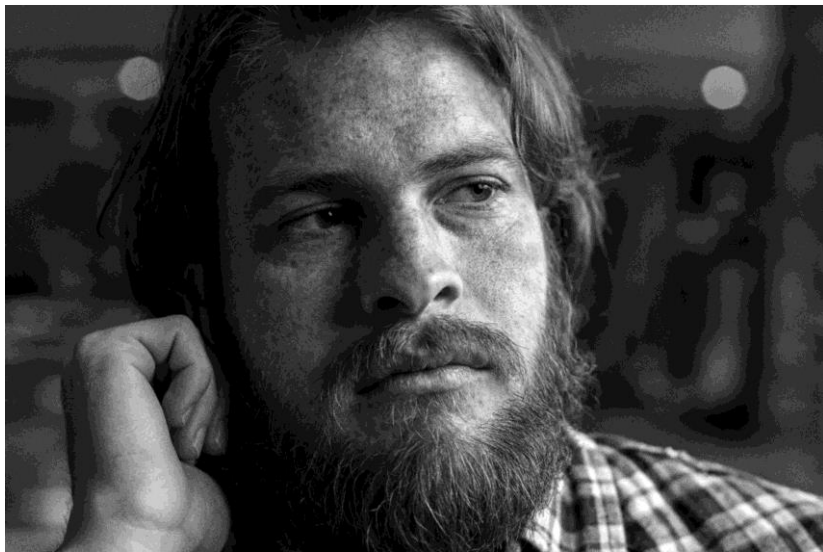
Tras las ausencias del padre y del hermano mayor, Alan convive con su madre en una casa que es bastión y ruina, refugio y testigo de la desgracia. Dos personajes rotos que se debaten entre la locura y la cordura, y se interrogan acerca del deseo, la muerte, el abandono y la culpa, temiendo siempre que llegue la hora del último enfrentamiento: la revelación de lo vivido a través de la palabra.

*Caballo sea la noche* narra el desmoronamiento de una familia, cuando el pasado y el presente se convierten en delirio, voz enloquecida, urgente necesidad de escapar o de reconstruir los pocos restos que quedan. Esta novela es el comienzo de esa reconstrucción, ese instante decisivo en que los sobrevivientes de la catástrofe buscan redimirse, liberarse y restablecer sus lazos con el mundo.

Después de su último libro de relatos, reconocido con el IV Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez, Alejandro Morellón debuta en la novela con este texto de prosa poética, desbocada y reflexiva, en el que no sabemos si la noche se prolongará o si la luz revelará por fin esos secretos dolorosos que dan forma a la verdad.

## EL AUTOR: ALEJANDRO MORELLÓN

**Alejandro Morellón** (Madrid, 1985). En 2010 fue becado por la Fundación Antonio Gala. Ha publicado el libro de relatos *La noche en que caemos* (2013), con el que resultó ganador del premio Fundación Monteleón, y algunos de sus textos han aparecido en revistas como *Quimera*, *Prosa inmortal*, *Eñe* o *Energiebia*. En 2015 fue finalista del Premio Nadal por su obra *“He aquí un caballo blanco”*. En 2017 resultó ganador del Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez, con el libro *“El estado natural de las cosas”*. Actualmente reside en Madrid.



### DE LA OBRA ANTERIOR DEL AUTOR SE HA DICHO:

“Con una prosa sencilla cargada de simbolismo y algunas dosis de poesía, *Alejandro Morellón* nos abre las puertas de un universo subterráneo al que normalmente nos da miedo mirar, pero que, a través de sus palabras, se transforma en una forma original y distinta de poder vernos a nosotros mismos más allá de nuestras limitaciones.” *Todo Literatura*.

“Morellón consigue que nos sintamos dentro de ese estado de inquietud, alargando la tensión, el ritmo de la narración y mantiene un pacto de verosimilitud muy coherente con el lector, que roza la locura y el absurdo con bastante maestría. Morellón escribe francamente bien, todo hay que decirlo. Y tiene treinta años.” *Ambitocultural.es, Almudena Sánchez*.

“Morellón consigue desarrollar el relato más allá de sus límites, introducir giros inesperados, profundizar y sugerir sin explicar ni caer en lo obvio, y acabar por construir un relato que no por fantástico deja de ser conmovedor.” *Blog Un libro al día*.

“Pasear por las páginas de este libro es aprender a valorar el viaje, disfrutar del silencio único que se percibe antes de que suba el telón o dejar de creer que el otro es una máquina incombustible de afecto, seguridad y confianza.” *Blog Lecturas Subnormales*.

“Una novela corta muy angustiosa, existencial y sugerente.” *David Pérez Vega, Revistaparaleer*.

“Su prosa se mueve entre lo fantástico, lo simbólico, el absurdo existencialista y lo ominoso.” **José María Merino**

“Su tono es eficazmente irónico.” **Alberto Manguel**

## **POR QUÉ CABALLO SEA LA NOCHE PUEDE INTERESAR A LOS LECTORES:**

1. *Caballo sea la noche* es una novela sobre el desmoronamiento de una familia a causa del deseo, la enfermedad, la muerte y el abandono. El delirio se convierte entonces en el modo de reconstruir el pasado y de arrojarse hacia el futuro: aún en la destrucción hay esperanza, nos dice el autor.

2. Los secretos familiares son el eje de esta novela breve. Sus personajes, dibujados entre las fronteras del recuerdo y la pesadilla, se recomponen desde el olvido hasta un presente en el que las ausencias siguen pesando y las decisiones marcan al resto de miembros de la casa. En *Caballo sea la noche*, los misterios se convierten en el motor de la narración, entramados en los soliloquios de los personajes.

3. Dos perspectivas de una misma historia oscura se encuentran en esta novela: la madre y el hijo menor, a través de sus monólogos internos, descubren, engañan y reinventan la historia y la tragedia familiar. *Caballo sea la noche* es una novela que nos habla de la evasión de los eventos dolorosos, pero también de su superación, de la reparación del daño y la redención.

4. Las cinco partes que conforman este libro alternan la voz de Alan, el hijo menor, presa de la culpa y el rencor, y la voz de la madre, Rosa, también envuelta en la culpa y en la nostalgia. Él duerme, sueña, delira; ella revive el pasado a través de las fotografías familiares tratando de descubrir el momento en que todo comenzó a derrumbarse. Así conviven los dos últimos miembros de esta familia quebrada por la enfermedad y el abandono.

5. Los lectores se encontrarán con ambientes envolventes, hipnóticos, un conjunto de ilusiones que oscilan entre el recuerdo y el sueño y que van revelando los secretos, las historias ocultas detrás de lo que se dice y, con ello, una forma insospechada de comprender las relaciones entre padres e hijos.

6. *Caballo sea la noche* aborda, de forma descarnada y original, temas como el de la identidad de género, la memoria, el tránsito de la infancia a la adolescencia, la maternidad, la descomposición del lenguaje como consecuencia del daño más extremo y la necesidad de continuar hablando a pesar de ello. La voz de Alan, de naturaleza ambigua, es desbordada, poética y filosófica; mientras que la voz de su madre revive el pasado para intentar reconstruir un presente. Dos personajes sobre un escenario-espejo de las aflicciones, que nos remite a los espacios narrados por Thomas Bernhard, y en el que coexisten una voluntad de renovación y una lucha contra los demonios internos.

7. Después de la publicación de dos libros de cuentos, *La noche en que caemos* y *El estado natural de las cosas* (IV Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez), Alejandro Morellón se distancia del componente fantástico de sus relatos cortos para adentrarse con esta su primera novela, en una escritura desbocada, poética y reflexiva que recuerda a las prosas de Clarice Lispector y de Samuel Beckett, y que da cuenta no solo de una historia intensa sino de la progresión de uno de los escritores más potentes y versátiles en el panorama de habla hispana.

## FRAGMENTO DE *CABALLO SEA LA NOCHE*

### I

Quise ingresar de nuevo en la noche para evitar el rostro de mi madre, el de mi hermano, el de mi padre, e intercambiar los afectos y los defectos de mi familia por una presencia redentora, reemplazarlos a todos por el cuerpo soñado de la bestia: un caballo blanco, descomunal, como un rey pálido bajo la tormenta, los ojos dirigidos a un cielo iluminado por la electricidad, la cabeza erguida para enfrentarse a la luz con un relincho, el músculo entre el grito y la carne, caballo sea la noche, le dije, y el animal continuó su curso entre los espacios intermitentes, desenfrenado por una potencia externa, desconocida, arrastrándose hasta llegar a un abismo en el que acabó por disolverse, y yo a ese caballo lo amaba porque ese caballo era yo, atravesado por la caída de los relámpagos como por la mirada de un dios infatuado, y cuando la imagen se desvanecía su inquietud perduraba a través de mi temblor, retorcido entre las sábanas, pensando en la razón por la que había entrado en mi cuarto despojándome de la camiseta y de los zapatos, retirando todo lo que había sobre la cama para tumbarme en ella mientras los maldecía a los tres, caballo sea la noche, repetí, porque quise dormirme hasta el final de las cosas e invocar una oscuridad en la que no se leyera mi nombre, refugiarme bajo esa frazada que era mi manto nocturno, queriendo dormir para generar un crepúsculo increado todavía, y no recuerdo lo que había hablado con mi madre pero lo último que vi de ella era que seguía en el sofá, con el álbum de fotografías sobre las piernas aunque ya no lo mirara, ¿cómo estás?, le pregunté, pero mi madre simplemente pestañeó dos veces antes de que yo me diera la vuelta sin ninguna réplica, de regreso a mi habitación, y no había sido tanto el cansancio como mi voluntad lo que me había llevado a cerrar los ojos en espera de las próximas alucinaciones, en una noche que duraría muchas noches en las que yo lloraba incluso dormido, consignado en el dolor también en sueños, aunque a pesar de todo me decidiera por habitar un mundo provisional, sabiendo que podía renunciar a él cuando lo necesitara, encender la luz y regresar a la realidad de la casa, pero aún no quise, todavía no, prefería retener algo más de los días inmemoriales, soñando con el tiempo antes del tiempo, recobrando en la noche una memoria virginal, retroceder a lo que estaba antes, al día de mi quinto cumpleaños, por ejemplo, sentados todos alrededor de la mesa cuando mis padres me miraron orgullosos y se dieron la mano igual que hace treinta años, un mismo gesto que se desdoblaba en ellos, una reincidencia que duraba lo que durase el encantamiento, hasta que mi madre cogió el cucharón para preguntarnos: ¿quién quiere puré?, y nos sirvió a mi hermano y a mí y luego a nuestro padre, elegantemente vestido y muy recto en su silla, con una actitud tan tranquila que parecía

aletargado, reposando sus ojos en el plato, en mi madre, en el vaso de vino, en la ensaladera, en mi hermano, en mí, y luego en mi boca: algo de puré se resbalaba de ella hasta el mentón, mi padre se acercó a mí y deslizó el pulgar por debajo del labio, recogió el rastro de puré y luego se lo llevó a su propia boca y dijo: qué rico, y ya mucho más tarde he querido adivinar en ese acto un símbolo crucial, una anticipación, mi madre sonrió primero hacia mi padre y luego hacia mí y seguimos comiendo todos a ratos en silencio y a ratos no, desde la ventana nos llegaba una luz sin brillo pero el día era claro y los cubiertos de plata, que solo se utilizaban cuatro veces al año, nos devolvían la forma de los demás objetos sobre la mesa, la bandeja del pan y la fuente de agua y la tarta que mi madre dispuso en el centro para que yo soplara las velas después de pedir un deseo, y ese deseo lo pedí y nunca se me cumpliría, mi padre tironeó de una de mis orejas cinco veces mientras mi madre cantaba y mi hermano quiso también soplar las velas, aunque no creo que él pidiera ningún deseo, pero a menudo el recuerdo y el sueño se malinterpretaban, a veces era mi madre la que me tiraba de las orejas, o mi hermano no soplabla las velas, o a mi padre le asqueaba la comida que había recogido de mi cara, y entonces la memoria se volvía inestable, un lugar del que yo no sabía si huir o en el que refugiarme, a menudo atravesado por una inquietud solipsista en la que la naturaleza de las imágenes perdía concreción, y por medio del mismo desvarío me acababa disolviendo, me enajené de los objetos sensibles, estaba recluyéndome en el yo como un árbol que no se ve porque está enterrado al revés, un fruto que crece subterráneamente fuera de la mirada del mundo, protegido de la luz, porque yo sentía que la luz me había hecho más daño que la oscuridad, por eso rechazaba todo lo demás: el aire real y los sonidos de la calle, la mañana y la tarde, el frío, el calor, el paso arrastrado de mi madre por el pasillo, negando todo lo que no tomara forma a partir de mi propia mentalidad, sometíendome cada vez más a un sueño inagotable, una falsa memoria que fluía y recomenzaba, desarticulándose para luego volver a articularse en formas variadas de la memoria o de la recreación, porque yo no sabía diferenciarlas y porque me costaba abandonar el estadio lunático para regresar al original, al tiempo de las obstinaciones, porque la historia de mi familia fue una historia de la revivencia, de repetición, la debilidad en el padre, el silencio en la madre, la lesión en el hermano, yo no quería volver a la clarividencia sino sustituirla por los estados más nobles, por la noche y el sueño, para despertar después como quien no ha conocido un pasado, para quien no ha conocido el cuerpo de los demás, y a veces la realidad era un ojo que se abría para ver lo poco del paisaje que entraba desde la ventana de mi cuarto, un sol de septiembre o las ramas peladas del árbol, distinguía la nieve del invierno y yo abrí la boca como para probar el frío pero no lo sentí, me obligué a continuar entre las imágenes de cada sueño, reutilizándolas, reciclándolas, valiéndome de ellas como en una proyección cíclica demoledora, habitando un interregno de la conciencia hasta que al final el sueño se imponía de nuevo y se manifestaba, por ejemplo, en un cuerpo y en una mano y dentro de esa mano en un puño y

dentro de ese puño en un ángel sin boca y dentro del ángel en las palabras, *quisiera transformar el lenguaje*, intentaba decirlo murmurando, *volverlo sagrado silencio*, sonaba como un gemido, y el ángel se retorció y yo veía su cuerpo caer perdiendo el conocimiento, cayéndose en la noche, y se le olvidaban al ángel los cánticos y el idioma, todos los lugares y los espacios del mundo, y yo volvía a quedarme solo muy detrás de la memoria allá donde no llegaba ningún conocimiento, a salvo donde mi padre me envolvía por entero, su aliento desde arriba y desde detrás, comprimiéndome en un abrazo sin tiempo, hasta que abrí los ojos y miré la mancha de mi ropa interior y me vino una duda antigua: sobre la reformulación de las vivencias en memoria, sobre la revivificación de los cuerpos mediante la imagen, y me pregunté si mi cuerpo también habría desaparecido o por el contrario seguía ahí, con los brazos ahora cruzados sobre el pecho y mis pestañas sellando la puerta de la luz, siempre en una dicotomía entre el ser y el querer ser, entre una materia inconformable y la otra inconformista, cuestionándome la naturaleza del deseo que siempre avanza en perpendicular a la voluntad pero sin tocarla nunca, de la misma forma que los proyectos y los apetitos habitan entre sí sin comprenderse, pensaba, fijándome en la mancha, y me pregunté si la mancha del que sueña era y no era la misma mancha del que recuerda, porque en el sueño no se tenía un orden concreto para los acontecimientos, a la memoria del sueño no se le podía imponer un proceso estructural, introducir un episodio origen, establecer un ritmo, el sueño era distinto del pensamiento, que era otro artificio más, al fin y al cabo.